

XV Jornadas de Investigación y Cuarto Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2008.

# La perversión de Gide bajo la lógica de “Kant con Sade”.

Otero, Tomás.

Cita:

Otero, Tomás (2008). *La perversión de Gide bajo la lógica de “Kant con Sade”*. XV Jornadas de Investigación y Cuarto Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-032/589>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/efue/fVq>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

# LA PERVERSIÓN DE GIDE BAJO LA LÓGICA DE “KANT CON SADE”

Otero, Tomás

Universidad de Buenos Aires, UBACyT

---

## RESUMEN

En el presente trabajo propongo rescatar aquella pista que dejó Jacques Lacan a la altura del “Seminario V: Las formaciones del inconsciente” (1957-58) al hablar de la perversión de André Gide. Capitalizando algunas referencias clínicas que se hicieron desde el psicoanálisis sobre la vida y obra del célebre escritor, los invito a releer el caso après-coup a partir del punto de viraje que inaugura el escrito “Kant con Sade” (1963) en la teoría de la perversión. Para dar cuenta, siguiendo las coordenadas subjetivas que Lacan plantea allí respecto a dicha estructura, de cómo se despliega la perversión de Gide en forma solidaria a la sumisión a una Ley que exige en modo imperativo el goce.

## Palabras clave

Perversión Instrumento Angustia Goce

## ABSTRACT

THE PERVERSION OF GIDE UNDER THE LOGIC OF “KANT WITH SADE”

In this work, I will rescue the clue that Jacques Lacan left during his fifth seminar *The Formations of the Unconscious* (1957-58) on André Gide's perversion. Capitalizing some clinical references made from psychoanalysis on the life and works of the famous writer, I invite you to read once more the case après-coup from the turning point that the text “Kant with Sade” (1963) opens in the theory of perversion. This will show, following the subjective coordinates that Lacan puts forward there regarding the mentioned structure, how Gide's perversion unfolds in a solidary way with a Law that demands in imperative mood the jouissance.

## Key words

Perversion Instrument Angst Jouissance

---

## LA MARCA DE UN DESEO

Sin meterme en los fascinantes recovecos de las vicisitudes edípicas de André Gide ubico una breve cartografía de la novela que lo constituyó como sujeto deseante: Una madre cuyo amor ha revestido la forma de un deber de protección hacia su niño, pero que su presunta homosexualidad latente ha impedido la falicización de él y por tanto la ausencia de un deseo en términos fálicos que lo venga a alojar, dejando un efecto de mortificación cuyas huellas se pueden rastrear durante toda su vida. Un padre que no ha desempeñado ningún papel significativo, que no se le ha conocido gestos de amor hacia ninguna mujer, sucumbe en un profundo sentimiento de tristeza, tras los vicios del pequeño concupiscente, hasta su muerte, cuando Gide tenía once años. Una tía pérfida, Mathilde, que le ofrece a los trece años una tentativa de seducción -frente a un espejo vale aclarar- proporcionándole las únicas marcas de un deseo que, aunque más no fuera en forma traumática por la falta de mediación, lo ha provisto de una falicización y encarrilado por los senderos de un deseo que perseguirá sin tregua: identificado a ésta deseará a niños que estarán envueltos de ese revestimiento fálico que no pudo dejar de notar sobre sí durante las caricias, en la imagen invertida que reflejaba el espejo. En la misma época el encuentro que lo fijará a su primer y único amor, Madeleine, su prima dos años mayor que él, hija de Mathilde, cuyo matrimonio llegará a consumarse recién a los veinticinco años, poco después de la muerte de su madre. Luego de su casamiento, en su

viaje de bodas, descubre como una suerte de revelación su gusto por los niños, o mejor dicho por los niños que le ofrecen una viva imagen del niño que él había sido en brazos de su tía, aventurándolo a embriagarse en la pederastía.

## LA MÁSCARA DE LA FICCIÓN

La obra de Gide es un ejemplo paradigmático de cómo es propiedad del significante dejar “huellas falsamente falsas” (Lacan 1962-63, 75). Toda su obra literaria ha sido un rejunte testimonial de su vida íntima y sexual. Aunque su carácter manifiesto, público y de supuesta ficción no puede más que engeñecer a los ojos de sus lectores aficionados respecto de las verdades que allí descansan, recordándonos que no hay nada que rescatar de las profundidades sino que aquella verdad del sujeto está ahí en la superficie, sostenida en una estructura de ficción, “era tan hermoso poder ser sincero sin ser creído” (Millot 1996, 67) le escribe Gide a su amigo Henri Ghéon, luego de que la indiscreción de este último sacara a relucir los gustos infames del escritor. Sin embargo, este exhibicionismo refinado que se oculta en la “máscara” (Miller 1988) de ficción de sus escritos apunta a un destinatario a quien busca conmovir.

## GIDE CON EL TOCADOR SADIANO

Si tomamos por ejemplo *La filosofía en el tocador* (1795) de Sade uno no puede pesquisar apresuradamente a quién van dirigidas las lubricidades llevadas a cabo por el magnánimo libertino Dolmancé y su compañera Madame de Saint Ange. De ningún modo su víctima es la adolescente y bella Eugenia, sobre quien recae una auténtica educación sexual. Poco a poco se va trazando la figura de la víctima, a quién hiere el látigo de todas las perversidades en las que se sumerge, de muy buena gana, la niña atrevida. Y no es sino a su madre, Madame de Mistival, a quien como instrumentos de su goce se intenta dividir, provocar su angustia por las vías no sólo del libertinaje, sino del relato *in situ* de éste, ultrajando tanto los sentimientos religiosos ortodoxos a los cuales es adepta como a su propio cuerpo, para aislar ese objeto -la voz- que se escinde en la experiencia sadiana. Luego de ser violentamente sodomizada, flagelada y entregada a los aberrantes suplicios del capricho de todos los allí presentes e incluso su propia hija Eugenia, Madame de Mistival es despertada por su verdugo - el libertino Dolmancé- del estado de inconsciencia que le provocaron tales tormentos y exclama: “¡Oh cielo! ¿Por qué me lloras de la vida? ¿Por qué me devuelves a los horrores de la vida?” A lo que Dolmancé responde: “Porque aún no hemos dicho todo” (Sade 1795, 170). De tal modo que el relato de la escena por el verdugo, apuntalado en sus prácticas, tiene como fin horadar a la víctima hasta llegar a ese límite donde la palabra queda abolida y se revela la dimensión real de la voz. Así, mediante este ardid, en el mismo momento en que el sujeto cae presa de la angustia, restituir ese objeto -voz- al Otro y de esta forma completarlo.

En el caso de Gide tampoco es fácil advertir quién es el partenaire privilegiado con quien el perverso jugará su escena. Retomemos tal como Catherine Millot atisba, la desdichada suerte del *partenaire* de un perverso, “...al casarse con la prima, André Gide la entregó de nuevo al sufrimiento del que había querido protegerla” (Millot 1996, 47) nos dice esta autora. Para comprender cabalmente esta frase hace falta introducir un episodio en la vida de Gide. Se trata de una escena que siempre ha sido examinada bajo el lente del encuentro de Gide con quien será su eterna amada, pero que, sirviéndome de la ambigüedad que allí se retrata, propongo otra lectura, en la cual el escritor detecta cuál es el punto de angustia de su musa. Escena que le provee una suerte de matriz que se encargará de replicar una y otra vez con total perspicacia en una relación aparentemente signada bajo el lema engañoso del amor:

André tenía trece años y se encontraba hospedado en la casa de su tía Mathilde, una noche de improviso, llega a la casa y la encuentra a ella entregada a un joven amante frente a sus dos hijas, mientras su esposo yacía en su cuarto. En el tercer piso de la casa encuentra a Madeleine presa de la angustia llorando en su alcoba, tras advertir la situación nefasta en la que se en-

contraba su madre. "Ese instante decidió mi vida (...) -dice Gide- Pero yo sentía que, en ese pequeño ser que ya quería, habitaba una gran, intolerable *angustia*..." (Millot 1996, 43. El subrayado es mío), refiriéndose al momento en que encuentra desgarrada a Madeleine.

Esta escena es la que parece calcar una y otra vez con ligeras variaciones buscando desatar en Madeleine la angustia que percibió aquella vez. Como había expuesto antes, identificado a Mathilde sale en búsqueda de aquellos jóvenes que él alguna vez fue, y que podrían acercarse también al amante con quien encuentra a su tía, pero en el horizonte, siempre se encuentra la mirada de Madeleine, ese objeto que la divide y que Gide ha podido apreciar en aquella Otra escena. No es difícil advertir la impudicia de Mathilde exponiéndose obscenamente a la mirada de todos allí, y como señala Lacan "...el impudor de uno basta para constituir la violación del pudor del otro" (Lacan 1963, 751). Gide utiliza las mismas coordenadas para "hacer aparecer en el campo del Otro la mirada" (Lacan, 26 de marzo de 1969), provocando así la angustia y división de su mujer, mediante el trabajo de su escritura que no es sino una forma refinada de exhibicionismo literario. De este modo, en cada párrafo que deja deslizar algo del deseo que le concierne y que calca al de su tía Mathilde, ante la lectura -la mirada- atenta de su dama, la toca más que a cualquier otro ser en el mundo, haciéndose entonces instrumento de su división bajo la forma no del látigo sino de la pluma que escribe.

### EL FRACASO DE LA ESCENA PERVERSA

Sin embargo, me encuentro con un obstáculo, dado que el estudio de la perversión me exige también atender al efecto que concierne al *partenaire* y su reconocimiento por el verdugo. Me faltan elementos que den testimonio del efecto de división subjetiva en Madeleine que es condición *sine qua non* del acto que lleva a cabo el perverso, de hecho, un solo rastro de rubor alcanzaría.

No obstante podemos interrogarnos respecto de ese hecho que viene a redoblar la apuesta de Gide por parte de Madeleine. Sabemos del final fatídico de la correspondencia que unía a Gide con su mujer y que tenía todo el valor para él, "...ese doble de sí mismo que eran sus cartas, por lo cual las llama su hijo..." (Lacan 1958, 741) señala Lacan. Pues el acto de quemarlas consagró a Madeleine a título de una verdadera mujer junto a Medea (Lacan 1958), tras descubrir algo más que un *affaire* entre su esposo y otro joven. Coyuntura en la que podemos pensar que se vio eclipsada, fuera de la escena, y de allí precipitó el acto que fundaría la pérdida más profunda e irreparable en la vida del escritor. Por supuesto que este acto de Madeleine tiene como premisa su propia división, pero porta un plus que desbarata también la escena perversa. Efectivamente la escena que monta el perverso también fracasa y en todo caso será un sueño neurótico imaginarlo como un Otro del goce consistente.

### LO QUE ENGAÑA VS. LO QUE NO ENGAÑA

Podemos examinar desde otra arista la relación con Madeleine e interrogar los dominios del amor de transferencia para delimitar por oposición la estructura perversa. Si el neurótico se maneja respecto a sus relaciones en el terreno siempre engañoso del amor, la perversión apunta a hacer surgir en el *partenaire* aquello que para Lacan no engaña, es decir la angustia (Lacan 1962-63). Pues en Gide el amor y el deseo no descansan en la misma persona, no se presentan enlazados. Lacan había subrayado en el *Seminario V* (1957-58) la dependencia de Gide hacia Madeleine cobrando la forma de un amor cristalizado, que si bien posee las insignias de la protección maternal, no deja de tener un efecto mortificante al estar completamente vaciado de deseo, tal como lo muestran varios pasajes de su obra: Bajo la máscara de André Walter pronunció "No te deseo. Tu cuerpo me molesta y las posesión carnal me horroriza (...) No seremos verdaderos amantes, mi querida" (Millot 1996, 51) escribió en su *Journal* en 1891 como un presagio de su vida marital. Mientras los jóvenes que solía encontrar en sus viajes de turismo sexual al África se presentan en calidad de *partenaires* sobre quienes recae el de-

seo bajo una modalidad que encarna la *voluntad de goce* (Lacan 1963, 752).

Punto solidario al examen que hace Lacan en el *Seminario X: La angustia* (1962-63) respecto de la ubicación del objeto *a* en el fantasma perverso a diferencia de la neurosis y las diversas estrategias frente a la castración del Otro. El fenómeno de transferencia en la neurosis, implica que a raíz de la separación del objeto *a* del cuerpo, el amor y el deseo quedan articulados por la transferencia que opera el sujeto de un "a postizo" (Lacan 1962-63, 61) al campo del Otro, comprometiéndose así el neurótico, a una búsqueda imposible por estructura. La perversión por el contrario, logra capitalizar la pérdida de goce estructural "...a condición de que su agente aparente se coagule en la rigidez del objeto" (Lacan 1963, 753) plantea Lacan, para devenir entonces *instrumento del goce* (Lacan 1963, 754) del Otro. Prescindiendo en efecto, del amor de transferencia, al deseo revestir la forma de una *voluntad de goce*, que se afana por recuperar el goce perdido, vía la angustia del *partenaire*, para restituirse - fantasmáticamente- al Otro.

### UN FUNDAMENTALISTA DE LA LEY

La perversión de Gide no concierne estrictamente a sus prácticas paidófilas, al menos si lo pensamos desde las referencias subjetivas que nos da Lacan para discernir dicha estructura, sino a su posición de devoto del goce, un fundamentalista de la Ley que tiene como máxima el *derecho al goce* (Lacan 1963, 748), que aspira a develar aquello más íntimo y lejano -*Unheimliche*- de cada quien, a saber, el propio goce. Lacan va a tomar para la perversión el modelo de la moral kantiana, una moral que tiene estatuto de Ley universal en tanto regula la acción de los hombres en el sentido de lo que debe hacerse. Para que esta Ley posea el título de universal, es necesario que se sustraiga del campo empírico, de aquellos objetos que podrían despertar algún interés. Ahora bien, esta Ley moral no tiene por principio el bienestar, sino *das Gute* - un Bien supremo- que como tal, está confinado al más allá del principio de placer, "...la ley de la costumbres [la moral] (...) sólo pueden ejercerla recomendándola como móvil puro, desprendiendo de consideraciones sobre el bienestar propio, porque es en el sufrimiento donde más sublime se muestra." (Kant 1788, 164, el agregado es mío) Nos dice Kant. De tal modo que sirviéndose de Sade, Lacan muestra no sólo que esta Ley moral que rige al hombre no es la de su bien sino la de su goce, sino también que la moral kantiana *no es sin objeto*.

En la perversión se erige una máxima organizando un régimen que exige en modo imperativo el goce. De modo que esta Ley por la que toma posición el perverso, es para él ineluctable, "se ofrece lealmente" (Lacan 1962-63, 60) a ella, *a priori* de lo que le ofrezca la experiencia, ya que no está comandada por un objeto que se ubique en el campo de lo especular, de lo visible, sino por el objeto elidido, objeto *a* real.

Consignemos que es en el punto donde el otro sobrepasa los confines del principio de placer cuando el perverso alcanza su clímax. Encontramos en el caso Gide su asidero en las largas jornadas a las que exponía a los jóvenes con quienes sostenía su escena a fin de que la división le sea devuelta desde el otro (Lacan 1963, 753), en palabras de Millot "Para agotar sus deseos necesitaba por lo menos de dos o tres *partenaires*, y por lo común no menos de una decena de orgasmos antes de encontrar algún apaciguamiento" (Millot 1996, 68). Lo que recuerda en los escritos de Sade, a las interminables jornadas en las que eran atormentadas las víctimas en manos de sus libertinos.

Para terminar de rubricar la forma en que Gide se hace instrumento de una Ley a la que obedece ciegamente y que tiene el rigor de aquella a la que Kant le ofrece su exégesis en la *Crítica de la razón práctica* (1788) debemos tomar un diálogo de su correspondencia con Roger M. du Gard, en el que Gide, indignado ante las acusaciones y difamaciones que recibía en su contra respecto a la sospechosas relaciones que mantenía con los jóvenes, le escribe "¡Pervertir a la juventud!, ¡Como si iniciar en la voluptuosidad fuera en sí mismo un acto de perversión! (...) Sí, no es una paradoja, mi papel ha sido siempre el de mo-

ralizador.” (Millot 1996, 45) Una Ley moral por la cual toma partida sin reparos en la legislación de la época, que tiene como máxima adentrar a los niños en los ejercicios de la voluptuosidad, en plena conformidad con el *derecho al goce*, seguramente encuentre en el horizonte un otro a quien dividir con esta instrucción sexual. Pero por las condiciones antes planteadas, en relación a su necesidad imperiosa de tener al menos una decena de orgasmos, algo nos resuena como exceso, ¿Exceso para quién, vale preguntar? Seguramente no para él, que se encuentra instrumentalizado para llevar a su víctima allí donde el placer se hace goce y la angustia inminente.

---

#### **BIBLIOGRAFÍA**

- KANT, I. (1788) *Crítica de la razón práctica*. Losada. Bs. As. 1968.
- LACAN, J. (1957-58) *El Seminario. Libro V: Las formaciones del inconsciente*. Paidós. Bs. As. 2005. Clase XIV.
- LACAN, J. (1958) “Juventud de Gide, o la letra y el deseo”. En *Escritos 2. Siglo XXI*. Bs. As. 2005. p. 719 -743.
- LACAN, J. (1962-63) *El Seminario. Libro X: La angustia*. Paidós. Bs. As. 2006.
- LACAN, J. (1963) “Kant con Sade”. En *Escritos 2. Siglo XXI*. Bs. As. 2005. p. 744 -770.
- LACAN, J. (1968-69) *El Seminario. Libro XVI: De un Otro al otro*. Inédito. Clase del 26 - 3 -1969 y del 30 - 4 - 1969.
- MILLER, J.A. (1988) “Acerca del Gide de Lacan”. Ed. Malentendido. Bs. As.
- MILLOT, C. (1996) *Gide - Genet - Mishima. La inteligencia de la perversión*. Paidós. Bs. As. 1998.
- SADE, MARQUES de. (1795) *La filosofía en el tocador*. Terramar. La Plata. 2006.